

trata la materia con gran libertad de juicio, al par que con pasmosa elocuencia y profundidad.

Aunque Goethe no ha dejado, como su amigo, trabajos estéticos propiamente dichos; sin embargo, en su correspondencia con Schiller, en su *Teoría de los colores*, en sus *Memorias* y en otros escritos, hay observaciones é ideas luminosas y originales y consejos de preceptiva dignos de su genio, que era capaz de concebir y expresar todas las formas y géneros de belleza existentes en la naturaleza ó producidos en la Historia.



CAPÍTULO TRIGÉSIMO

La ciencia en Europa durante la Revolución francesa.



SOLICITA nuestra atención, en primer término, la filosofía, dada la importancia que tendrán siempre las tentativas encaminadas á dar unidad á los conocimientos y la tradicional tendencia á las grandes generalizaciones, que, en vez de debilitarse, iba á recibir nuevo impulso con los geniales, aunque, en su mayor parte, fantásticos sistemas de los metafísicos alemanes. Recuérdense, además, que todavía no estaban bien deslindadas las diferentes ramas del saber, salvo en puntos muy concretos y especiales, y que las ciencias particulares, no obstante que ya empezaban á tomar prodigioso vuelo, caían de lleno bajo la competencia de los filósofos, no sólo en sus fundamentos, mas también en sus últimas determinaciones.

Tres direcciones principales se disputan el pensamiento filosófico en el período que historiamos: la del sensualismo, preponderante entre nuestros vecinos transpirenaicos; la racionalista, mantenida en Alemania, y la puramente moral y psicológica, de los escritores escoceses.

En Francia, la generación revolucionaria perteneció casi exclusivamente á la escuela de Locke y Condillac, que hace derivar de la sensación todas las ideas. Talles la doctrina que sustentan, con otros, Destutt de Tracy, que en mil setecientos noventa y ocho publicó los *Medios de fundar la Moral*; Morollet, autor de la *Apología de la Filosofía contra los que la acusan de los males de la Revolución*; Volney, y Garat. De ellos, el más sistemático,

hasta el punto de haber sido llamado el metafísico de la escuela, es Destutt de Tracy, y el más elegante y elocuente como expositor, Garat. Según éste último, que expuso sus ideas en los cursos de la Escuela Normal y fué, en aquellos días, el representante más genuino del sensualismo francés, pues Destutt de Tracy no dió á la imprenta su obra fundamental, los *Elementos de Ideología*, hasta bastante entrado el presente siglo: según éste, repito, el pensamiento no es más que el arte de agregar sensaciones á sensaciones, de anotarlas, de distinguirlas por signos, mediante el lenguaje. Los animales no tienen, como el hombre, noción de la moral; porque carecen de la palabra. El mayor interés de las lecciones de Garat estriba en las polémicas que á menudo se entablan entre el profesor y los alumnos, siendo notable, por su tono elevado y la habilidad de los contendientes, la que con él mantuvo el célebre teósofo Saint-Martin, el *filósofo desconocido*. Este ejemplo nos revela que no todos los pensadores se movían en el círculo de las doctrinas sensualistas, por más que en su mayoría las profesasen, y si es cierto que las excepciones no abundan, las hay, en cambio, muy señaladas, aunque ninguna tanto como la que representa Maine de Biran, el cual, discípulo de Condillac primeramente, desenvuelve luego un sistema bastante original, fundado en el papel que hace desempeñar á la voluntad. Maine de Biran entiende que esta facultad había sido postergada indebidamente por Descartes y los ideólogos, y puede decirse que al principio cartesiano: «Pienso, luego existo», contraponen el de: «Quiero, luego soy». Para él, ser, obrar, querer, son palabras distintas, que expresan la misma cosa. El moralista-poeta, Bernardino de Saint Pierre, el simpático autor de *Pablo y Virginia*, se sustrae igualmente á la influencia dominante, y si no se encumbra á las altas regiones de la metafísica, trata, sin embargo, problemas de carácter filosófico en sus dos obras, *Harmonías de la Naturaleza* (mil setecientos noventa y seis) y *Naturaleza de la moral* (mil setecientos noventa y ocho). La primera, especialmente, es un hermoso libro, donde, en cierto sentido, desarrolla el argumento de las causas finales, tema predilecto de la antigua escuela espiritualista.

El paso súbito del despotismo á la libertad produce ó fomenta, en el mundo de la especulación y de las creencias, multitud de extravagancias y aberraciones. Se perpetúa el mesmerismo en las clases elevadas; hay tentativas neo cristianas, como la de Susana Labrouse y de dom Gerle, que originan el ridículo incidente de Catalina Theos, en que se vió envuelto Robespierre; y Fauchet y Bonneville discurren la más rara amalgama de cosas tan opuestas como la masonería y el catolicismo, el misticismo y la política, la humildad cristiana y la apoteosis de la naturaleza. Sobre la turba de los visionarios y excéntricos, se levanta el ya citado Saint-Martin, que expone sus ideas con verdadera grandeza y cierta trabazón lógica y sistemática. Es una de las individualidades más curiosas del siglo décimo-octavo, y hay en él reminiscencias de Orígenes, de Platón y de la filosofía hermética, cimentado todo ello en una base cristiana.

Por muy distintos rumbos caminaba el pensamiento en Alemania, donde Manuel Kant proseguía con admirable tesón su labor de renovar la filosofía. Primeramente, en la *Crítica de la Razón Pura*, había estudiado las formas del conocimiento, llegando á la conclusión de que la existencia de la idea no supone la del sér. Luego, en la *Crítica de la Razón Práctica*, había anunciado la ley moral con carácter de imperativo categórico, bajo la fórmula: «Obrar de manera que el motivo de tu obra pueda convertirse en ley universal», deduciendo de su certeza la *necesidad moral* de admitir, como postulados rigurosos, la libertad humana, la inmortalidad del alma y la existencia de Dios. Ahora, en mil setecientos noventa, publica la tercera de sus *Críticas*, ó sea la del *Juicio*, que seis años más tarde imprime de nuevo, introduciendo en ella profundas variaciones. La razón teórica y la práctica se rigen, según Kant, por principios opuestos, siendo ley de la primera la necesidad, de la segunda la libertad, y el divorcio entre ellas sería permanente si el hombre no tuviese la facultad de juzgar. En el juicio se aplica la ley de la libertad á la naturaleza, por el principio de la consecuencia de los medios con el fin, y conforme se considere esta consecuencia, así resultará el juicio *estético* ó el juicio *teleológico*. También aparecen en este período la *Metafísica de las Costumbres* y otros escritos de menor importancia del célebre filósofo. El criticismo Kantiano sirve de punto de partida á una nueva época en la historia de la filosofía: su influencia fué extraordinaria, y es aun visible, y á veces predominante, en muchas escuelas y tendencias de nuestro tiempo.

Estudiando las doctrinas de Kant, se propuso Juan Teófilo Fichte basarlas en principios incontestables; pero de sus reflexiones salió otro sistema metafísico. La vida filosófica de Fichte es casi coetánea de la Revolución, de cuyas ideas se declaró partidario, publicando en Zurich, en defensa de ellas, dos escritos intitolados: *Memoria para rectificar los juicios del público sobre la Revolución francesa*, y *Reclamación en favor de la libertad de pensar dirigida á todos los príncipes que hasta el presente la han oprimido*. Ya antes había conmovido la atención con su *Ensayo de una crítica de toda revelación*, que, por no llevar nombre de autor, atribuyóse primeramente á Kant. Desarrolló su sistema en la *Teoría de la ciencia*. Kant creía inasequible la intuición pura del objeto. Fichte se imagina encontrarla en el *yo*. La solución que da al problema del conocimiento sensible planteado por aquél, es la del idealismo subjetivo. El *yo* crea por su propia actividad el mundo exterior. «No tengo, dice Fichte, conciencia inmediata sino de mí mismo; todo lo demás es la condición de mi propia conciencia». Schelling, discípulo de Fichte, acepta al principio el sentido de su maestro; sin embargo; no tarda en apartarse de él para colocar la intuición del objeto no en el *yo*, sino en lo absoluto. El desenvolvimiento completo de su sistema pertenece al período siguiente.

Las ideas racionalistas reinaban en Alemania al finalizar el siglo décimo octavo, mas no sin contradicción. Sobre todo, Jacobi, que había ideado en fecha anterior á mil setecien-

tos ochenta y nueve su sistema de *sentimentalismo creyente*, oponiéndolo á las *Críticas* de Kant, seguía impugnando al filósofo de Kœnisberg. También combatió á Fichte. En Inglaterra imperaba, como queda dicho, la escuela escocesa, que, para huir del excepcionismo de Hume, se encierra en la simple observación de los fenómenos y leyes del espíritu humano. Llevaba su voz á la sazón Dugald Stewart, que en mil setecientos noventa y ocho publicó sus *Investigaciones de Filosofía moral*.

Pasemos á reseñar ahora el estado de las ciencias particulares, dando la primacía á las morales y políticas.

Época de acción y de lucha la revolucionaria, no ofrecía campo abonado para que durante ella prosperasen en Francia los trabajos de paciente investigación histórica, al modo de los que venían practicando los monjes benedictinos, y que precisamente quedaron interrumpidos cuando se disolvieron las órdenes monásticas. Inquietos los ánimos y excitadas las imaginaciones, se carecía del vagar que requiere el estudio serio, reflexivo é imparcial de los acontecimientos pasados. Atraída la atención hacia los presentes, por la novedad que ofrecían ó bajo el estímulo de la pasión de partido, lo que más interesa á los contemporáneos de la Revolución es la obra por esta misma realizada. Así, en mil setecientos noventa, *dos amigos de la libertad* se ocupan en describir las primeras escenas del drama revolucionario, cuya rápida marcha puede seguirse en el *Almanaque histórico para mil setecientos noventa y dos*. Cuatro años después, Fantin Desoard pretende nada menos que dar á conocer la *Historia filosófica* de aquellos memorables sucesos, mientras un poeta, Pages, se propone referir su historia secreta. De mayor fama que estos escritos gozan otros, cuyos autores, monárquicos, constitucionales, girondinos, emigrados ó desterrados casi todos, no encaminan su intención á narrar los hechos que presenciaron y en que generalmente tomaran parte activa; sino que se guían únicamente del pensamiento de exponer las reflexiones y quejas que les sugieren su amarga experiencia y tristes desengaños, ó de la necesidad de desahogar su odio contra las ideas triunfantes. Este sentido tienen las *Consideraciones acerca de la Revolución francesa*, de Mallet del Pan, y las *Consideraciones sobre Francia*, de José de Maistre, ambos realistas; así como las *Investigaciones sobre las causas que han impedido á los franceses ser libres*, del constitucional Monnier, y las *Consideraciones y Memorias acerca de la Revolución*, del girondino Garat. Nótese menos la influencia del espíritu de partido en el tratado de *La Revolución francesa*, de Necker; en el *Ensayo acerca de las revoluciones*, de Chateaubriand, y en los varios opúsculos con que madama Staël prepara sus *Consideraciones acerca de la Revolución francesa*, que no vieron la luz hasta mil ochocientos diez y ocho. Si alguna otra obra histórica se registra en este tiempo, no salva por regla general los límites del siglo décimo-octavo, como ocurre con la de Segur, que relata el reinado de Federico II, rey de Prusia; la de Bulhiere, *Anécdotas acerca de la Revolución de Rusia*, y la *Historia del Imperio*, de Mysore.

No se crea, sin embargo, que los años de la Revolución fueron estériles, en el país vecino, para el progreso de la historia propiamente dicha. Si entonces se descuida el estudio de la antigüedad griega y romana, quizás por creerse erróneamente que era bien conocida, y si se miran con desdén los tiempos medios, sobre los cuales se veía proyectar su negra sombra á la monarquía, á la feudalidad y al monaquismo, en cambio, se vuelven los ojos al Oriente. En mil setecientos noventa y cinco, en efecto, se funda la «Escuela de las lenguas orientales», y no mucho después, los sabios del «Instituto de Egipto» exploran minuciosamente el país de los Faraones, y aunque no acierten á descifrar los jeroglíficos, copian muchas inscripciones y coleccionan notables monumentos, como el Zodiaco de Denderah; Silvestre de Sacy publica, en mil setecientos noventa y nueve, su *Gramática general*; el estudio del Sanscrito comienza á despertar el interés de los eruditos franceses, y con lo poco que va conociéndose de los cultos y civilización de los pueblos orientales, es posible tratar con más método y exactitud que lo había hecho Voltaire la cuestión relativa al origen de las religiones, escribiendo Volney su célebre libro de *Las Ruinas*, y Dupuis, el no menos conocido acerca del *Origen de todos los cultos*. Por otra parte, el espíritu innovador de la Revolución presenta bajo nueva luz los problemas de la historia. El mismo Volney, á quien acabamos de citar, en el curso que explicó en la Escuela Normal, formula un programa de Historia, donde la crítica moderna puede hallar lagunas y deficiencias, pero en el que se abren horizontes hasta entonces desconocidos, siendo preciso reconocer que apenas hay punto de vista cuya importancia se haya reconocido posteriormente, que allí no se indique. Las ideas del ilustre profesor bien merecen que las consagremos un recuerdo.

Para calcular el crédito que corresponde á los hechos históricos, dice Volney que hay que juzgarlos cuidadosamente, ya bajo la relación de su propia esencia, esto es, de su analogía ó incompatibilidad con hechos físicos de su misma especie, conocidos y subsistentes aún, de donde se deriva su posibilidad; ya bajo la relación de sus narradores y testigos, examinados en sus facultades morales, en sus medios de instrucción é información y en su imparcialidad, lo que nos permite formar concepto de su probabilidad. Mas, añade, teniendo en cuenta lo que antecede, falta averiguar, primero, el grado de certidumbre que debe concederse á la historia, bien se la considere de un modo general, bien en los casos particulares; luego, la importancia que haya de atribuirse á los hechos históricos, y las ventajas é inconvenientes que resultan de la opinión que en este punto se tenga; por último, la utilidad moral y práctica, que hay que proponerse en el estudio de dicha ciencia. He aquí tres grandes cuestiones, continúa, la última de las cuales entraña otras no menos interesantes, siendo forzoso resolverlas todas antes de entrar en la exposición histórica, es decir, antes de presentar el cuadro sumario de la vida de los pueblos, de los hechos que han realizado, de las artes que han conocido, de las ciencias que han inven-